

## ESTUDIO

### LA INFLUENCIA DE LOS SISTEMAS ELECTORALES\*

Giovanni Sartori\*\*

Los países jóvenes que no tienen un sistema de partidos estructurado y adoptan un sistema electoral de representación proporcional (más de un representante por distrito) se autoimponen condiciones poco favorables para superar la atomización partidista y lograr una consolidación. Una fórmula electoral fuerte (por ejemplo, un representante por distrito) tiene un efecto reductivo respecto de los partidos distrito por distrito (efecto local) por cuanto los que se sitúan bajo la simple mayoría o bajo la cuota tienden a desaparecer. Ello tendrá, además, un efecto reductivo a escala nacional, salvo que haya partidos fuertes que sean diversos en los distintos distritos, lo cual con frecuencia se produce en virtud de motivos regionalistas, étnicos, lingüísticos, religiosos e ideológicos. Por consiguiente, un sistema electoral pluralista, por ejemplo, de un solo representante por distrito, en el largo plazo tiende a producir una competencia bipartidista nacional si el electorado refractario a la presión del sistema electoral queda disperso en proporciones que están por debajo de la pluralidad en los diversos distritos, pues en tal caso serán los mismos dos partidos los contendores relevantes en todos los distritos del país.

Un sistema electoral proporcional (más de un representante por distrito, generalmente asociado a la representación proporcional más posible también con sistemas de simple mayoría o mayoría relativa) no causa la multiplicidad de partidos, sino que la refleja. De haber un sistema estructurado de competencia bipartidista, la representación proporcional no ge-

\* Este trabajo aparecerá próximamente en el libro *Electoral Laws and Their Political Consequences*, editado por Bernard Grofman y Arend Lijphart, Agathon Press. Publicado con la debida autorización.

\*\* Profesor de Ciencia Política, Universidad de Columbia. Su libro más importante es *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*, Nueva York: Cambridge University Press 1976.

nera su disolución y reemplazo por un número mayor de partidos. Los métodos proporcionales no tienen efectos de multiplicación o fragmentación sino que de transparencia.

El trabajo examina: 1) distritos plurales de un solo miembro; y 2) distritos de representación proporcional multimiembros (elegidos, entonces, mediante alguna fórmula matemática que permita transformar votos en bancas). La representación proporcional puede ser más o menos pura o proporcional. La regla empírica es que mientras menos representantes se elijan por distrito, menor será la proporcionalidad e, inversamente, a mayor número de representantes por distrito, mayor la proporcionalidad.

El autor concluye que el efecto de las leyes electorales es, en suma, generar las siguientes tendencias: 1) Las fórmulas electorales pluralistas (un representante por distrito) facilitan un formato de dos partidos e, inversamente, obstruyen el multipartidismo; y 2) Las fórmulas de representación proporcional (más de un miembro por distrito) facilitan el multipartidismo e, inversamente, es difícil que conduzcan a un bipartidismo si éste no existía de antemano.

Los efectos de los sistemas electorales no pueden ser evaluados sin considerar paralelamente las propiedades de manipulación del sistema de partidos en cuanto tal. Pues, también el tipo de sistema de partidos que exista condiciona en importante medida la actitud de los votantes.

## I

En gran parte de la filosofía contenida en la literatura científica, las "leyes", es decir, las generalizaciones de tipo causal, expresadas en forma semejante a leyes que resisten la falsificación, son presentadas como lo distintivo de la ciencia. Si no hay leyes, no hay ciencia. Curiosamente, sin embargo, mientras más reclamaba la ciencia política un status científico a partir de los años 50 de este siglo, más parecía ir dejando de lado la búsqueda de "leyes". ¿Se deberá esto a que los científicos políticos asumen la postura metodológica de que el comportamiento humano no puede ser reducido a generalizaciones con carácter de leyes? Indudablemente que una gran mayoría de los profesionales de la ciencia política no optan por tal renuncia. Si lo hicieran, tendrían que explicar, entre otras cosas, por qué la economía —incuestionablemente una ciencia social y no una ciencia física— busca y logra formular "leyes". La más socorrida excusa del científico social es que la política es más difícil que la economía. Personalmente, pienso que la política es realmente más difícil, o, para decirlo mejor, que el estudiante de ciencia política se halla en desventaja en relación al estudiante de economía (Sartori, 1979: 54-55). Aun así, en el ámbito de la política realmente tenemos casos en que parecería que las generalizaciones tipo-leyes son manejables y relativamente fáciles de formular. Uno de dichos casos lo constituyen las "leyes de Duverger" acerca de la influencia de los sistemas electorales sobre el número de partidos. Pero por espacio de tres décadas la preocupación de la profesión parece haber si-

do descartarlas, no concederles una nueva y mejorada oportunidad. El propósito de este ensayo, sin embargo, no es tanto discutir a Duverger, sino que más bien usar sus leyes y la consiguiente discusión que provocaron como un estudio que eche luz sobre las paradójales vaguedades de una ciencia "sin leyes", que ha estado desesperadamente reclamando el status de ciencia mientras ha soslayado con idéntica tenacidad la búsqueda de generalizaciones semejantes a leyes.

## 1 La Formulación de Duverger

Las leyes de Duverger ciertamente se atienen al requerimiento de la parquedad.<sup>1</sup> No caigamos en equívocos respecto del motivo por el cual Duverger no llama "leyes" a sus proposiciones semejantes a leyes, y dejemos las cosas con sólo señalar que él indudablemente las concibe como tales.<sup>2</sup> Comprendiendo esto, la primera ley dispone: "El sistema de vuelta única de mayoría (pluralidad) tiende al dualismo partidista". La segunda ley prescribe: "El sistema de doble vuelta (mayoría) y el de representación proporcional, tienden al

- 1 Fueron formuladas por vez primera por Duverger (1950) y luego reproducidas por el mismo Duverger (1951). Mis referencias son a la segunda edición francesa de 1954 de *Les Partis Politiques* (Duverger, 1954). No se emplea la traducción inglesa de Barbara y Norbert North (Duverger, 1963) porque es imprecisa en algunos puntos claves, e incluso engañosa.
- 2 Contra Riker véase: Duverger "distinguió exactamente entre la ley (la primera) y la hipótesis, que previamente había sido a menudo erróneamente interpretada como duales de cada otro" (1982: 758). Pero es Riker, me temo, quien está equivocado por haber seguido la traducción de los North (nota anterior), pues Duverger jamás dice "hipótesis"; su término general, de haber alguno, es esquemas, y él efectivamente trata sus "esquemas" como duales (véase, p. ej., Duverger, 1954: 269). La única razón que sostiene la afirmación de Duverger respecto de que su primer esquema es "el más cercano a una verdadera ley sociológica" (1954: 247) es de carácter contrafactual: "En parte alguna del mundo, la representación proporcional ha producido o mantenido un sistema de dos partidos" (276). Debido a que en el hecho estaba equivocado (Austria tenía representación proporcional y un sistema bipartidista), no nos queda sino señalar que no subsiste ninguna otra diferencia entre los dos esquemas en el procedimiento real de Duverger. Simplemente es tan dogmático en relación a la representación proporcional como lo es en relación al pluralismo: "Es cosa segura que la representación proporcional siempre coincide con el multipartidismo" (276, y, en forma similar, 279, 281, 283). "La marcada distinción" que sostiene buena parte del argumento de Riker no puede ser hallada en parte alguna; en todo caso, Duverger tiene bastante más dificultad en soslayar vía la explicación las excepciones a su primer esquema (ley) que al segundo.

multipartidismo".<sup>3</sup> Debiera reconocerse debidamente el hecho de que un primer intento difícilmente resultará concluyente, que su valor es primordialmente un valor estimativo. Aun así, la debilidad del tratamiento de Duverger resulta sorprendente.

En primer lugar, Duverger presupone que una relación causal puede ser garantizada por una correlación, es decir, él nunca nos da la impresión de percibir la diferencia entre "causa de" y "asociado con, relacionado con". En segundo lugar, y esto es todavía más importante, una ley (generalización causal) es verificable si, y sólo si, la causa y el efecto quedan claramente especificados, cuando el efecto de la primera ley (dualismo partidista) es todo lo impreciso que puede ser, y el efecto de la segunda ley (multipartidismo) también presenta una excesiva imprecisión. El que el "dualismo" de Duverger constituye una noción tipo acordeón ha sido destacado ya muchas veces y no requiere de una nueva revisión. Basta con recordar que cierto número de países (p. ej.: Australia, Canadá, Alemania Federal, Italia) son declarados en determinado punto como "dualistas" o "bipartidistas" y en otros puntos como tripartidistas, cuatripartidistas, pentapartidistas, hexapartidistas y octopartidistas, respectivamente (Duverger, 1954: 240, 241, 253, 276). Las leyes dan por cierto un efecto sobre el número de partidos; pero Duverger nunca se ciñe a ninguna regla de recuento consecuente. En ocasiones contabiliza todos los partidos de acuerdo a su valor nominal; en otras, desecha algunos partidos por locales, por partidos a medias, por pasajeros (en el largo plazo) o por otras irregularidades menores. En suma: dado que el efecto del factor causal presupuesto no es nunca aclarado, Duverger puede con demasiada facilidad adecuar sus pruebas para que resulten positivas. Aun así, sus leyes siguen menoscabadas por excepciones que Duverger confronta sobre una base meramente ad hoc.

En tercer lugar, su segunda ley es tan ambigua como enigmática. No solamente está precedida por dilatados descargos concernientes a la dificultad de definir su supuesto efecto, esto es, el "multipartidismo" (Duverger, 1954: 258-59), sino que es defendida sobre

3 Respectivamente, en Duverger 1954: 247 y 269. La traducción inglesa (Duverger, 1963: 217) de la primera ley traduce *tend aux* por "favores" y realmente yerra al traducir *dualisme des partis* por "sistemas de dos partidos". Es permisible y apropiado, en cambio, traducir el *majoritaire* de Duverger por "sistema de pluralidad", pues es claro que quiere decir "mayoría relativa" (pluralidad) y no mayoría absoluta. Vale la pena agregar de paso que es el propio Duverger quien entrega la mejor formulación (más analítica) de sus propias leyes —llamadas "fórmulas"— del modo que sigue: 1 La representación proporcional tiende a un sistema de múltiples partidos rígidos e independientes; 2 El sistema de mayoría de segunda vuelta (tiende a) un sistema de partidos múltiples, flexibles (*souples*) e independientes; 3 El sistema de mayoría (pluralidad) de una sola vuelta (tiende al) dualismo partidista (1950: 13).

la base de una distinción entre "la noción técnica del multipartidismo" y la "noción corriente de multiplicación" (276). Siendo así, ¿qué es lo que dice esta ley? Que la representación proporcional (dejaré de lado el sistema de la doble-vuelta) ¿"coincide" con más-de-dos-partidos, o que los multiplica? En el primer caso no tenemos ley alguna. Sin embargo, efectivamente sucede que Duverger insiste (dado que tiene una relación causal in mente) muchísimo en el efecto de "más partidos" de la representación proporcional, aunque sea sólo un efecto limitado y no necesariamente inmediato. Afirma una y otra vez que "el efecto multiplicador de la representación proporcional es innegable" (1954: 279, 281, 282). De modo que aquí Duverger plantea hipotéticamente una ley; claro que una ley altamente desconcertante. Después de todo, para representar proporcionalmente, se requiere de un sistema de representación proporcional. Eso quiere decir que la representación proporcional supuestamente debe reflejar, transparentar. ¿En qué sentido esto constituye una "multiplicación"?

Volveré sobre este enigma al final. Por ahora lo concreto es que tanto la debilidad metodológica como la substantiva de las leyes de Duverger son algo patente y fácil de demostrar. ¿Es esto una razón suficiente o buena para abandonar la empresa? ¿Es difícil hacer algo mejor? En su debido momento intentaré demostrar que es fácil. Persiste el hecho de que hasta muy recientemente una aplastante mayoría de autores se ha contentado con señalar que Duverger estaba errado, a menudo sobre fundamentos erróneos.<sup>4</sup> Me parece que el talante de la disciplina está bien representado por la sugerencia de Eckstein (1963: 253) de que tal vez "los sistemas electorales sólo expresan las determinantes más profundas de la sociedad". Con el debido respeto, ello equivale a no decir nada en absoluto, o a simplemente decir que aquí enfrentamos un problema.

La notable y única excepción al talante arriba señalado corresponde a Douglas Rae (1971). Sin embargo, si el problema es —como sugiere apropiadamente Riker (1982)— la "acumulación de conocimiento", y, si de ser así, hubo una elaboración a partir del precedente de Duverger, entonces difícilmente podrá afirmarse que Rae pertenece a tal proceso de acumulación.

## 2 Douglas Rae y William Riker

Rae sí se ocupa de Duverger. La primera de las leyes de Duverger (concisamente reformulada: "Las fórmulas pluralistas causan sis-

4 Los dos puntos de vista contrarios más representativos y vastamente aceptados han sido aquellos de Grumm y Mackenzie. El primer autor concluyó, bastante lejos del blanco, que "el sistema de representación proporcional es resultado más que causa del sistema de partidos" (Grumm, 1958: 375); el segundo arguyó que es imposible alcanzar generalizaciones comparativamente probadas (Mackenzie, 1957).

temas bipartidistas") es rechazada, tal como está formulada (Rae: 92-6 y 180), mientras que la segunda ley de Duverger es desglosada en tal cantidad de "proposiciones" y variables (Rae, 1971: esp. 148-76) que aquí me resulta imposible señalar si acaso subsiste algún hilito que conecta a Duverger con Rae. Sea como fuere, el enfoque metodológico de Rae es completamente diferente al de Duverger, y es justamente aquí donde se interrumpe completamente la "acumulación". Duverger tiene en mente "leyes" causales; Rae jamás emplea la palabra causa (salvo para rebatirla) y habla muy deliberadamente de "proposiciones" que hacen valer, a su vez, una amplia gama de vínculos ("tiende a", pero también "asocia con"; "casi siempre", pero además "a menudo"). Duverger cedió, excesivamente quizás, ante la parquedad; Rae formula nada menos que siete "proposiciones de similitud", trece "proposiciones diferenciales"; además de dos corolarios, llegando a un total de 22 proposiciones (179-82). Otra diferencia importante guarda relación con cómo son concebidos los efectos de los factores causales. Duverger observa sistemas concretos (aun cuando es incapaz de especificarlos), mientras que Rae realiza un esfuerzo especial para evitar referencias a sistemas concretos. Las más de las veces sus efectos son expresados en términos de "fraccionalización". El único sistema concreto que Rae analiza como tal es el de la "competencia bipartidista", pero su definición del mismo está expresada en porcentajes: sistemas bipartidistas son aquellos "en los cuales el primer partido ocupa menos del 70% de las bancas legislativas, y en que los dos primeros partidos conjuntamente ocupan al menos el 90% de las bancas" (93).<sup>5</sup> Ahora bien, si Duverger ha de ser criticado porque las leyes deben mostrar efectos lo suficientemente específicos como para ser puestos a prueba, la misma crítica se aplica también, y más todavía, a las proposiciones de Rae.<sup>6</sup>

Con todo, entonces, no puede decirse que Rae construye sobre Duverger: atiende a una cosa totalmente diferente. Esto queda con-

5 Mientras los puntos de corte de Rae son hábilmente manipulados ex post en relación a los resultados de los sistemas generalmente considerados como de dos partidos, el criterio de definición de Rae alude sucesos individuales, no a países (de sistemas políticos en el tiempo). De ser así, deberían incluir a Turquía en 1957 (primer partido, 69,9; primeros dos partidos 98,6), Alemania en 1976 (primer partido 49,0; primeros dos partidos 92,1), y Grecia en 1981 (primeros dos partidos 95,6). Si Rae hubiera optado por un 89 por ciento como su punto de corte acumulativo arbitrario (¿por qué no?) entonces otro caso de dos partidos sería el de Alemania en 1980 (total: 89,4). En Venezuela, en 1973, los dos primeros partidos sumaron el 88,3: casi en el blanco. Lo concreto es que Rae ya sabe, sobre la base de otros criterios no enunciados, a cuáles países del tipo dos partidos puede aplicarse su "test".

6 Véase Sartori 1976: 307-15, en donde muestro que el índice de fraccionalización de Rae no proporciona puntos de corte para identificar y clasificar sistemas concretos en relación a determinadas propiedades sistémicas.

firmado, me parece, por el hecho de que el trabajo de Rae ha sido ampliamente aclamado y utilizado por sus estadísticas (la medición de la fraccionalización) mientras ha sido desatendida, a pesar de su título, en relación a las "consecuencias de las leyes electorales". En este último sentido, Rae no ha sido ni refutado ni puesto a prueba. El intento nomotético de Duverger ha seguido siendo, así, por otra década, un soslayado problema.

El único autor, entonces, que incuestionablemente busca un mejoramiento acumulativo a partir de las premisas de Duverger es Riker (1982). Riker hace abandono, sin embargo, frente a la segunda ley de Duverger sobre los efectos de la representación proporcional. Escribe: "Parece imposible salvar la hipótesis a través de una modificación", y "Rae insistió con especial ahínco en que la hipótesis. . . no puede ser más que una asociación probabilística". (759) Dado que Riker llega a una conclusión negativa muy semejante en relación a los efectos del sistema de doble vuelta, en realidad sólo presta atención a la primera ley de Duverger, sobre los efectos de los sistemas de pluralidad. Riker se enfrenta primero a la revisión de Rae: "Las fórmulas pluralistas siempre son asociadas con una competencia bipartidista, con excepción de aquellos lugares en que existan fuertes partidos locales de minoría" (Rae: 95; Riker: 760). La crítica de Riker es doble. Desde el punto de vista metodológico, Rae es acusado de caer en "la trampa lógica de tanto negar como enseguida afirmar la ley de Duverger", y ello porque Rae, al igual que Duverger, "no fue capaz de decidir acaso la ley era determinista o probabilística" (Riker: 760). La segunda crítica es factual: India usa un sistema pluralista y aun así no puede ser contabilizada en la revisión de Rae. A fin de incorporar la excepción india, Riker propone una nueva formulación:

"Las reglas de elección pluralista conducen y mantienen una competencia bipartidista excepto en países en que (1) terceros partidos a nivel nacional son sostenidamente uno de los dos partidos locales, y (2) un partido entre varios es casi siempre el ganador Condorcet\* en las elecciones" (761).

Vemos, así, que con Riker cae en el olvido una de las leyes o hipótesis de Duverger (y ello equivale a la mitad de todo Duverger), y solamente nos resta un segundo intento (después del de Rae) con la primera ley de Duverger. ¿Hemos avanzado? Lo dudo. Primero, cuál es la ganancia al sustituir el "dualismo partidista" (Duverger) por la "competencia bipartidista"? Ni Riker ni Rae explican este vuelco, que sustituye una oscuridad con otra. Si la competencia bipartidista implica, literalmente, que sólo dos partidos compiten realmente en contiendas directas (es decir, ausencia de carreras de tres o

\* El concepto de "ganador Condorcet" se explica más adelante. (N. del E.)

cuatro contendores), casi nos quedamos sin casos. Si implica otras características, ellas debieran ser enunciadas y no lo son. Segundo, Riker especifica, "conducen y mantienen", una especificación que Duverger no contempla en su ley, y que igual constituye una diferencia que él percibe perfectamente en su discusión (Duverger, 1954: 276-86). "Conducen" imputa una influencia genética o desarrollista, "mantener" es una influencia menor y mucho más fácil de ser puesta a prueba. Los sistemas pluralistas por sí solos no pueden conducir nada (como ya veremos), aunque es plausible que ellos por sí solos puedan mantener todo aquello que ya se encuentra en su lugar. De tal modo, dos influencias tan marcadamente diferentes difícilmente pueden ser incluidas en una misma ley. Tercero, la cláusula 1 de Riker ("Los terceros partidos a nivel nacional son sostenidamente uno de los dos partidos a nivel local") hace un buen punto del peor modo posible: el circular. Cuarto, y más importante que todo el resto, la cláusula 2 de Riker (el ganador Condorcet) no es, tal como se señala, un explanans sino que un explanandum la cosa a ser explicada.

Riker, en efecto, introduce una "nueva ley" —concerniente a los ganadores Condorcet— en su revisión de la primera ley de Duverger. Pero no realiza intento alguno de mostrar que los ganadores Condorcet se materializan cada vez que puede aplicarse su definición. A Duverger le basta con simplemente aplicar la noción a la India, para luego suponer que la excepción india se verá de tal modo incorporada a la ley. Esto es inaceptable desde el punto de vista metodológico. Por ganador Condorcet se entiende "un candidato que puede vencer a cualquier otro en una competencia de dos contendores", y el concepto es ejemplificado en los siguientes términos: el Partido del Congreso de la India presumiblemente derrota a los "derechistas. . . porque los izquierdistas preferirán votar por el Congreso más que por la derecha, y, en forma similar. . . los derechistas preferirán votar por el Congreso más que por la izquierda" (Riker: 761). Ahora bien, cualquier formato de partidos por encima de dos es tratable de acuerdo a la noción de competencia bipartita. Así, Inglaterra debiera o podría exhibir un ganador Condorcet, pero en su lugar ha desplegado un perdedor Condorcet (en la instancia perfectamente adecuada del partido Liberal) que no profita de su posición de encierro entre derechistas e izquierdistas y que en lugar de profitar se ve enclaustrado entre esos dos frentes. Australia y Nueva Zelanda ofrecen contrainstancias similares, esto es, terceros partidos en posición intermedia que juegan un papel todavía más lamentable que los liberales británicos y que, en consecuencia, podrían ser calificados como "tritutados por Condorcet".<sup>7</sup> Siendo así, ¿por qué ga-

7 Se alude al Partido Laborista Democrático de Australia y a los demócratas australianos (ninguno de los cuales ha logrado jamás ganar una banca), y a la Liga de Crédito Social de Nueva Zelanda (que, eventualmente, gana una banca y que en una sola ocasión obtuvo dos).

na un ganador Condorcet? ¿Bajo qué condiciones una configuración Condorcet conduce al sistema partidista predominante de tipo indio (Sartori, 1976: 192-201) en vez de al bipartidismo? A menos que esta interrogante halle respuesta, no nos queda sino señalar que el bipartidismo no se materializa cuando algo va mal (eventualmente en el nombre de Condorcet). De ser esto así, la ley de Riker resultaría todavía más objetable, e incluso más débil que la de Duverger.

Hay que investigar todavía un último punto. Riker evalúa su revisión de la ley de Duverger en los siguientes términos: "Cabe notar que esta formulación es determinista, un intento de evitar la ambigüedad de Duverger y Rae. La ley afirma que, con la excepción señalada, la regla de pluralidad es condición suficiente para un sistema de dos partidos. No es, sin embargo, una declaración positiva de una relación causal, por cuanto la regla de pluralidad obviamente no es una condición necesaria (vide, Austria)". (761, lo destacado es mío). Confieso que no le veo pies ni cabeza a todo esto. ¿Que es una "ley determinista" que ni siquiera afirma una "relación causal"? Por otra parte, por qué ocurre que careciendo de una "condición necesaria" pero teniendo una "condición suficiente" no tengamos una "relación causal"? ¿Por qué una condición necesaria (es decir, una condición afirmada negativamente) establece un nexo causal, cuando una condición suficiente (una condición que es suficiente para producir un efecto) no lo hace? Agreguemos que a lo largo de todo su artículo, Riker levanta buena parte de su caso sobre la distinción entre leyes "deterministas" y leyes "probabilistas". El que dicha distinción no tenga todo el aliento que piensan sus propugnadores es un punto que tocaré brevemente. Por ahora baste con señalar que Riker opta por una "ley determinista" mientras paralelamente afirma que deben tomarse en cuenta un número de "excepciones". ¿Cómo puede así ser cuando una ley no es probabilista sino que determinista? Tal vez Riker no se haga aquí justicia a sí mismo, porque de hecho intenta (aunque sin éxito) incorporar las excepciones a su ley. Aun así, resulta sorprendente que su propia recapitulación ponga las cosas del modo como las pone.

Dicho todo esto, debemos volver sobre la pregunta siguiente: ¿Por qué no logramos mejores resultados? ¿Será porque la vida humana desafía todos los intentos por construir "leyes"? ¿O será porque nuestras piernas metodológicas sufren de atrofia? Personalmente sospecho que ocurre esto último. Si bien la ciencia política como profesión ha realizado un progreso encomiable estos últimos 30 años en materia de técnicas de investigación y en el procesamiento de estadísticas, ha decaído considerablemente, para decir lo menos, respecto del método lógico que precede y condiciona la sofisticación técnica. En el caso en cuestión, difícilmente podrán formularse "leyes" a menos que seamos muy perspicaces en relación a cómo ellas se relacionan con el análisis causal, el análisis de condiciones, la noción de probabilidad, y, finalmente, en relación a cómo son co-

rectamente confirmadas o refutadas. Vemos, entonces, que es inevitable un rodeo considerable por las tierras de las premisas metodológicas.

### 3 Condiciones, Leyes, Excepciones

Puede definirse una ley científica como una generalización dotada de poder explicativo que detecta una regularidad. Para estar seguros, una ley rige mientras no sea falsificada y debe ser formulada de modo tal que permita su examen empírico, vale decir, su confirmación o refutación. "Leyes estadísticas" puras y simples (como, p. ej.: el 52.2 por ciento de todos los recién nacidos son del sexo femenino) cuantifican regularidades o frecuencias, pero carecen de poder explicativo y por tal razón no se califican como "leyes". En cuanto al requerimiento de "poder explicativo", el método práctico es el siguiente: el poder explicativo será mayor mientras mayor sea la afirmación clara y definitiva de las relaciones de causa y efecto por parte de una ley. No importa si se evita el lenguaje causal; si una ley no asume algún tipo de dirección causal, algún tipo de imputación causal, entonces su poder explicativo o será débil o habrá de ser suministrado por una teoría sustentadora de trasfondo. La conclusión es que las leyes necesariamente deben afirmar más que una regularidad y no pueden consistir en una mera generalización.<sup>8</sup>

La cuestión crucial es la siguiente: ¿Pueden las leyes de las ciencias sociales, las leyes que se aplican a las regularidades conductuales, ser deterministas? La noción lógica del determinismo es directa. Planteada causalmente, postula que, dada la causa C, también está dado el efecto E, que se producirá necesaria e invariablemente. Esto significa que, dada la causa, su efecto ya es conocido, es decir, es predecible con certeza. Las leyes de la física son deterministas,<sup>9</sup> pero las leyes que se aplican a los seres humanos no pueden serlo. Las leyes conductuales no pueden suponer que dada la causa C será inevitable el efecto E, que éste sobrevendrá siempre y necesariamente. ¿Implica esto que las leyes de las ciencias sociales son, deben ser y sólo pueden ser probabilistas? Si la noción de probabilidad se entiende en un sentido técnico —en sus significados matemáticos y es-

8 Por ejemplo, el que todos los cisnes sean blancos no constituye una ley; simplemente establece, de ser verdad, una característica definitoria. De ser así, un cisne negro no sería cisne. Dado que existen los cisnes, la generalización correcta es la siguiente: la mayoría de los cisnes son blancos. Pero tanto la generalización falsa como la verdadera carecen de valor explicativo.

9 El punto de vista que sostiene que también la física sería "indeterminista" no es material, puesto que no cierra ni en un milímetro la brecha que separa la "probabilidad" estrictamente matemática que se aplica a las leyes de la naturaleza de la probabilidad no-matemática o escasamente matemática nominalmente pronosticada de las leyes de las ciencias sociales.

tadísticos— la respuesta es no; el criterio, aun siendo apropiado, es imposiblemente alto. Entonces, "probabilístico" debe ser entendido las más de las veces en el sentido corriente de la palabra, es decir, que las leyes de las ciencias sociales plantean hipótesis sobre resultados "probables" o sobre efectos "frecuentes". Todo bien hasta aquí, salvo que una ley que es apodada probabilista en el sentido corriente de la palabra puede no ser en absoluto una ley. Por ejemplo, una ley es confirmada en diez instancias pero refutada en otras cinco. Una razón de diez a cinco apunta a la mayor probabilidad de un resultado por sobre otro; pero nadie afirmaría sobre esta base que se ha establecido una "ley probabilista".

Nada queda aclarado y nada resuelto, entonces, al señalar que nuestras leyes son probabilistas. A menos que esa noción sea dotada de poder matemático —como pocas veces acontece con las leyes explicativas (de acuerdo a como se han definido)— simplemente nos resta una calificación ex adverso: nuestras leyes no son deterministas. En breve, lo "probabilista" más puede engañar que ayudar. Siendo así, ¿dónde acudimos? Cuando la matemática no ayuda, la lógica clásica todavía puede hacerlo. En lugar de jugar con la palabra probabilista, el curso considerablemente menos milagroso y (¡ay!) considerablemente más difícil, es entrar en el análisis de la condicionalidad, es decir, aquel modo de análisis basado en las nociones de condiciones necesarias y suficientes. John Stuart Mill llegó al extremo de definir "causa" como "condición(es) suficiente(s)". Erró al respecto, aunque se hallaba sobre la pista correcta. Pueden estar presentes todas las condiciones necesarias y suficientes para que acontezca determinado hecho, y, aun así, nada sucede. El análisis de condiciones no es exactamente el análisis causal: en el último, "causa" es un factor percutor, mientras que en el primero no se asume factor percutor alguno. Un discurso sobre condiciones es analítico; un discurso causal es sintético. Pero mientras Mill fue demasiado lejos en su asimilación, no dejó de entregar al cientista social una sugerencia que todavía aguarda su adecuada puesta en práctica.

Es necesario señalar que los cientistas sociales hacen abundante referencia a condiciones que a menudo son especificadas como necesarias y/o suficientes. Aun así es obvio que carecen de una clara comprensión de estas nociones. Una condición es necesaria cuando afirma: *sine qua non*, no sin ella. La implicancia es que las condiciones necesarias establecen las condiciones de aplicabilidad, esto es, acaso puede o no puede aplicarse una generalización causal. Una condición es suficiente cuando afirma: con esta sola condición puede surgir una consecuencia especificada. Esto lo sabemos todos. Pero el intrincamiento se nos escapa a todas luces.

En relación a las condiciones necesarias, la primera advertencia debe ser que las condiciones necesarias pueden ser numerosas, lo que implica que en nuestros procedimientos reales las condiciones de aplicabilidad de una ley pocas veces son completamente enume-

radas y adecuadamente especificadas, al menos al comienzo. En cuanto a las condiciones suficientes, la advertencia crucial es que una condición suficiente no es la condición exclusiva, y ello implica que el mismo efecto puede ser producido por otras condiciones suficientes. Así, E puede ocurrir incluso cuando  $CS_1$  (condición suficiente 1) está ausente, y ello porque el mismo efecto es producido por  $CS_2$  (condición suficiente 2). De ser así,  $CS_1$  no es rechazada, pero  $CS_2$  (y restantes) deben ser incluidas en el análisis como otra condición suficiente adicional e independiente.

Generalmente se supone que las condiciones necesarias tienen menos valor explicativo que las condiciones suficientes, y que este último tipo de condiciones es más difícil de explicar. Me sorprende. Pues, por una parte, las condiciones necesarias son acumulativas. Si descubrimos diez condiciones necesarias, ellas serán todas necesarias. Inversamente, las condiciones suficientes son distintas: cada una es suficiente. Las condiciones suficientes son más poderosas (desde el punto de vista lógico y otros) que las condiciones necesarias, si, y sólo si, se nos permite decir: esta condición suficiente es la única. Pero eso es algo que podemos afirmar pocas veces. En los hechos generalmente nos referimos a una condición que es suficiente, es decir, a una condición que carece de exclusividad (que tiene sustitutos).

Con el fin de apreciar cómo lo anteriormente señalado afecta nuestros procedimientos sustantivos, permítaseme tomar el modo con que Rae trata la primera ley de Duverger como un ejemplo. La ley es reformulada en los siguientes términos: "Fórmulas de pluralidad causan sistemas bipartidistas". De acuerdo a Rae, "esta proposición implica que las fórmulas de pluralidad son condición necesaria y suficiente para una competencia bipartidista. Si ello es correcto. . . todos los sistemas bipartidistas serán asociados con fórmulas de pluralidad, y todas las fórmulas de pluralidad serán asociadas con sistemas bipartidistas. Siguiendo la misma lógica, ninguna otra fórmula será asociada con la competencia bipartidista, y los sistemas de dos partidos nunca existirán sino en el marco de fórmulas de tipo pluralista" (93). Postulo que ello no es así. La prueba propuesta por Rae supone una ley determinista, cuya formulación correcta tendría que ser: las fórmulas pluralistas constituyen la única y exclusiva condición necesaria y la única y exclusiva condición suficiente. Es sólo bajo estas restricciones que los sistemas de dos partidos jamás existirán sin elecciones pluralistas. La implicancia ulterior es que cualquier cosa que no sea una perfecta correlación positiva es suficiente para falsificar la ley. La prueba es, aquí, no la fuerza de la asociación sino la posibilidad de hallar alguna excepción. Si es hallada, una ley determinista es refutada eo ipso. Pero reformulemos la ley como una regularidad conductual (no determinista), en los siguientes términos: las fórmulas de pluralidad son una condición importante, pero sólo una de las condiciones necesarias, o son una condición importante, pero sólo una de las condiciones suficientes.

Esta formulación ya no implica que el bipartidismo "jamás existirá" en ausencia de elecciones pluralistas. De ser así, y sólo de ser así, la ley admite un examen correlacional (cuán relativamente fuerte es la asociación positiva) y para excepciones que no necesitan implicar su refutación.

Resumiendo nuestras palabras, es obvio que en casos menos simples que los de Duverger, lo intrincado de un análisis condicional lógicamente correcto puede resultar en confusión y, tal vez, no valga la pena llevarlo a cabo por su elevado costo. Debemos entonces valemnos de una categorización diferente de las condiciones, es decir, debemos echar mano de condiciones que faciliten o, que inversamente, obstruyan. No caben dudas respecto de que la otra construcción (condiciones necesarias y/o suficientes) habrá de ser preferida cada vez que sea posible; pero con el fin de llegar a alguna parte, a menudo debemos aceptar la categorización más relajada. Podría plantearse la objeción de que las nociones de condiciones que facilitan versus las que obstruyen carecen de status lógico y que por dicho motivo estaríamos llegando a una vaguedad que ya no es compatible con los niveles científicos. Personalmente opino, sin embargo, que si se contemplan las condiciones de prueba apropiadas para las condiciones propuestas todavía estaremos contando con una herramienta conceptual que es mejor que ninguna.

A estas alturas del análisis se torna importante señalar que las "leyes" de las ciencias sociales son, efectivamente, de diversos tipos. Dejando de lado las leyes estadísticas, y dejando también de lado las grandes leyes históricas del tipo que formularon Comte o Marx (filosofía de las leyes históricas), una amplia categoría de leyes puede ser identificada como "tendencias" (p. ej., las de Mosca y de Pareto); otras leyes, en cambio, afirman una relación directa (mientras mayor. . . mayor) o, en su lugar, una relación inversa (mientras mayor. . . menor).<sup>10</sup> La diferencia crucial entre las leyes es, sin embargo, acaso predicen acontecimientos únicos o no. La ley de gravedad se aplica a todos los cuerpos en caída (la clase general de tales acontecimientos) y a cada cuerpo que cae. Las leyes de las ciencias sociales pocas veces comparten esta hermosa combinación de propiedades. Pero sí lo hacen las leyes relativas a la influencia de los sistemas electorales (causa) sobre el número de partidos (efecto): son aplicables —una vez suavizadas las interferencias— a todos y cada uno de los eventos electorales. De ser halladas, podrías así predecir acontecimientos únicos. ¿Pueden hallarse tales leyes? Antes de intentar hacerlo, todavía cabe hacer un último alcance metodológico.

10 Un ejemplo de razón directa es la ley del suicidio de Durkheim: mientras mayor sea la destrucción de las estructuras de una sociedad, mayor será la frecuencia de los suicidios. Las distinciones no son rigurosas. Por ejemplo, la ley de Michel es formulada tanto como ley de tendencia (la oligarquía siempre tiende a reemplazar la democracia), o como una relación inversa (mientras mayor sea la organización, menor será la democracia).

Una ley que predice acontecimientos únicos o singulares está insuficientemente probada por coeficientes de frecuencias y de correlación. Diciéndolo de otro modo, la prueba estadística es apropiada y decisiva para leyes que se aplican a clases de eventos, pero guarda sólo valor subsidiario cuando se supone que una ley pueda predecir resultados singulares aislados. Por este motivo, en el caso que tenemos entre manos, la noción crucial es de excepción. En la prueba correlacional a que Rae somete la primera ley de Duverger, su hallazgo es que "de . . . 107 casos, el 89.7 por ciento cae en la categoría pronosticada de asociación"; y Rae comenta que esto "sugiere una relación que es de algún modo más débil de lo que el término 'ley sociológica' podría llevar a esperar, siendo, no obstante, una asociación fuerte" (94). Dicha asociación es, en efecto, asombrosamente fuerte; pero no creo que pueda ayudarnos legítimamente a decidir si acaso tenemos una ley y si ésta es fuerte o débil. Vemos así que es el instinto de Rae (más que su metodología) lo que lo conduce inmediata y correctamente a probar el asunto sobre la base de los "casos excepcionales". La interrogante que queda en pie es cómo manejar dichas excepciones.

Ya he señalado que las excepciones son letales sólo para una ley determinista. Pero incluso para las ciencias sociales las excepciones a una ley siempre plantean un enigma. Este enigma puede ser resuelto de dos maneras: introduciendo una condición necesaria que restrinja la aplicabilidad de la ley (y, de ser así, la excepción ya no subsistirá); o incorporando la excepción(es) en una reformulación de la ley que la asimila. Ambas estrategias serán debidamente explicadas en su momento. Asumamos, sin embargo, que ninguna de las estrategias opera, que las excepciones permanecen. Es sólo en este punto residual, postulo, que consideraciones ad hoc ofrecen razones para alegar que una ley permanece en pie a pesar de tales y tales excepciones.

#### 4 Pies y Cabeza

Volviendo desde el método al mundo real, la brevedad me impone centrar mi atención en: i) distritos plurales de un solo representante y, ii) distritos de representación proporcional electorales de varios representantes.<sup>11</sup> En el primer caso tenemos un distrito electoral en el cual el ganador se lleva todo. En el segundo caso te-

11 ¿Qué duda cabe de que lo que es verdad en relación a las fórmulas de pluralidad (mayoría relativa) es aún más verdadero para las fórmulas de mayoría absoluta (más del 50 por ciento)? Nótese, también, que las fórmulas de pluralidad-mayoría pueden ser aplicadas a distritos de muchos miembros (por ejemplo, Turquía en los años cincuenta donde un criterio de pluralidad se aplicaba a una votación de lista en distritos de múltiples miembros). Sin embargo, no cabe derivar que la representación proporcional no se puede aplicar a un distrito de miembro único.

nemos un distrito de más de un representante que traduce someramente los votos en bancas de forma proporcional. Un elemento será, entonces, la magnitud del distrito (medido por el número de candidatos que elige); el otro elemento es el método o fórmula de acuerdo a la cual los votos son traducidos en bancas. La fórmula de pluralidad pasa por alto las proporciones y representa, en principio, la negación misma del proporcionalismo. Las fórmulas proporcionales despliegan, sin embargo, muy diversos grados de correspondencia proporcional entre votos y bancas, variando de ajustes altamente impuros (desproporcionales) a puros (exactamente proporcionales).<sup>12</sup>

El punto que vale la pena destacar es el siguiente: el tamaño del distrito electoral afecta más la eficiencia de la representación proporcional que las diversas fórmulas de traducción matemática (Saint-Laguë, mayor promedio, mayor restante, etc.).<sup>13</sup> Así, la representación proporcional puede ser técnicamente (matemáticamente) pura y a su vez impura desde el punto de vista del distrito. En este sentido la regla empírica es que mientras más pequeño sea el distrito, menor será la proporcionalidad e, inversamente, mientras mayor sea el distrito, mayor será también la proporcionalidad.<sup>14</sup> Dado que, de hecho, a lo ancho del mundo encontramos magnitudes de distrito que van sin discontinuidades de 2 a 30 (o algo cercano a esa cifra), tenemos aquí un continuo verdaderamente continuo, expre-

- 12 Rose (1982: 25-27) sostiene que "la diferencia de proporcionalidad entre la elección intermedia bajo representación proporcional y sistemas de pluralidad es muy limitada: siete por ciento": y sus pruebas (en la Tabla 8: 26) indican, además, que algunos países del rango pluralidad despliegan una mayor proporcionalidad que algunos países de representación proporcional. Pero no logro ver cómo sus estadísticas dan garantía de su afirmación. Rose desestima los efectos mismos del sistema electoral, es decir, el hecho de que bajo un sistema de pluralidad el elector se ve restringido y los partidos son eliminados. Cuando miramos los resultados, las distorsiones ya han ocurrido. Y la diferencia minimizada por Rose reaparece en las elecciones extrarrutinarias, como la británica de 1983, cuando la Alianza obtuvo el 3.5 por ciento de las bancas con un 25.4 por ciento de la votación (cada una de sus bancas le costó 400 mil votos, frente a un costo de apenas 40 mil para los laboristas).
- 13 El punto fue por primera vez acentuado por Hogan: "El punto decisivo de la representación proporcional es el tamaño de los distritos" (1945: 13). Yo lo señalé una y otra vez (Sartori, 1968a: 276, 279, 283, 291), pero no fue hasta el trabajo de Rae que fue reconocido, aunque hasta la fecha sigue subestimado. En cuanto a la exacta apreciación de los efectos de hiper o hiporrepresentatividad de las diversas fórmulas de traducción matemática, véase esp. Arend Lijphart (1984).
- 14 Países con un promedio distrital relativamente bajo (en números enteros) son: Irlanda y Japón (4), Grecia (5), España (6), Austria y Bélgica (7). En el otro extremo, Israel y Holanda eligen, respectivamente, 120 y 150 miembros en un distrito único nacional.

sado en y medido por, números naturales.<sup>15</sup> La razón que va en apoyo de la regla empírica antes señalada es que los distritos electorales pequeños son, por la misma razón, distritos más numerosos. Ello multiplica, a su vez, las ocasiones para las pérdidas de votos, esto es, el despilfarro bajo-cuota de votos: un despilfarro que penaliza en forma desproporcionada a los partidos menores para estar seguros, bajo la cláusula de que los sobrantes (los votos perdidos) no son trasladados desde los distritos a un pozo nacional.

Procedamos inmediatamente a enfrentar la interrogante central, que es la siguiente: ¿Son los sistemas electorales factores causales de consecuencias y, de ser así, puede su impacto (efecto) ser expresado bajo la forma de reglas semejantes a leyes que sean tanto pronosticadoras de eventos singulares como verificarles? El efecto directo (influencia) de los sistemas electorales obviamente es ejercido sobre el votante; pero si ellas afectan al votante, podría suponerse convincentemente que también los sistemas electorales afectan (dan forma), si bien indirecta y derivativamente, al sistema de partidos como totalidad. Sin embargo, las dos influencias son analítica y empíricamente distintas. El votante es influenciado allí donde vota, es decir, en el contexto local de su distrito. El sistema de partidos bajo consideración es, en cambio, un resultado agregado, de alcance nacional.

Con el fin de hacer más expedita la discusión, permítaseme iniciarla aseverando sin pruebas al canto (las pruebas irán emergiendo sobre la marcha) que el efecto del sistema electoral sobre el votante (la influencia directa) puede ser tanto apremiante como no-apremiante. Si es ulteriormente no-apremiante, no tenemos motivos para seguir adelante en la materia: el sistema electoral no surte efecto alguno y eso es todo. Inversamente, si el efecto es, en cierto sentido y en diferente grado, manipulador, en el sentido primario de ser apremiante y/o no-apremiante, entonces sí tenemos un caso. Sobre esta premisa, un sistema electoral que incuestionablemente surta influencia manipuladora, será clasificado como sistema electoral fuerte. Inversamente, si un sistema electoral no surte tal influencia,

15 Esto debe ser calificado señalando que la relación, "mientras mayor sea el distrito, mayor será la proporcionalidad", es curvilínea: en la medida que crece la magnitud del distrito, aumenta la proporcionalidad en razones decrecientes. Ello implica que en algún punto la fórmula de traducción matemática comienza a tener mayor peso que el tamaño del distrito. Aun así, Rae calcula que, "en el caso de un distrito y doscientas bancas, un partido con un porcentaje de votos de 0.005 estaría seguro de ganar una banca" (163). Otra advertencia es que la magnitud distrital promedio (e incluso la intermedia) puede ser una medida muy engañosa, a menos que se controle la dispersión. El índice de variabilidad de Fisichella (1982: 251-52) atribuye la dispersión más baja (0.81) a Irlanda, donde el tamaño de los distritos oscila entre 3 y 5 miembros, y la mayor dispersión (11.77) a la Argentina, cuyos distritos varían entre 2 y 50 miembros.

o la surte sólo en grado mínimo, propongo clasificarlo como sistema electoral débil. La dicotomía simplemente define los casos inequívocos que se agrupan en la vecindad del fin de un continuo. Permite, así, que otros casos queden entremedio y puedan ser asignados (ordinariamente) a un conglomerado de sistemas electorales fuertes-débiles.

Dado que nadie nunca ha negado —hasta donde yo sepa— que el voto de pluralidad (y mucho más aún de mayoría absoluta) condiciona —constríne y restringe— la conducta del votante, procederé a asignar sin mayor dificultad la fórmula pluralista a la categoría de los sistemas electorales fuertes. ¿Pero dónde pertenecen los sistemas de representación proporcional? En oposición a una difundida opinión contraria, mientras mayor sea la proporcionalidad de la representación proporcional, menor será su impacto. En caso límite, un sistema de representación proporcional puro es un sistema de efecto cero. Pero la mayoría de los sistemas de representación proporcional son impuros. Algunos son, en efecto, considerablemente no-representativos, como acontece cuando el acceso a la representación se ve obstruido por una cláusula de exclusión, o cuando a uno o más de los principales partidos se les asigna un premio.<sup>16</sup> En otros casos, los sistemas de representación proporcional son vueltos desproporcionales por el reducido tamaño del distrito electoral. Y entonces, claro está, lo mismo una sobre que una subrepresentación pueden resultar de los métodos que traducen votos en bancas. Así, tanto los sistemas de representación proporcional de baja proporcionalidad como los no-representativos pueden ser asignados a la "clase mixta" de sistemas electorales fuertes-débiles. Más adelante volveremos sobre la representación proporcional. Primero debemos encarar la fórmula pluralista de representante único, partiendo del caso que eminentemente ilustra la clase de los sistemas electorales fuertes.

Como decía, nadie ha negado jamás que la fórmula pluralista condiciona al votante. Confío en que también se concederá que el condicionamiento manipulador en cuestión constituye un efecto constrictor-restrictivo. Ello significa que la opción del votante se ve

16 Aparte de tener un potencial manipulativo igualmente fuerte, la negación del acceso y del otorgamiento de bonificaciones obviamente constituyen dispositivos enteramente diferentes. El umbral de exclusión puede ser tan bajo como un tres por ciento; la Sperrklausel alemana es de un 5 por ciento; y Turquía adoptó, para sus elecciones de 1983, una barrera de votos nacional del 10 por ciento. En cuanto al dispositivo del premio, su forma más extrema probablemente sea aquella implantada en Paraguay, donde dos tercios de las bancas son asignados al partido triunfante (de pluralidad), dejando, así, sólo un tercio para una asignación de representación proporcional entre los restantes partidos. Grecia adoptó, en cierto momento, un mecanismo similar. Grecia también ostenta, a lo largo de su inestable historia electoral, una secuela de barreras de exclusión de más del 10 por ciento.

concretamente restringida las más de las veces a quienes encabezan la carrera (a menos que prefiera malgastar su voto). Así, el sistema de distrito pluralista de un solo representante efectivamente "manufactura" y procura una competencia bipartidista, distrito por distrito. Pero si el elector se ve restringido (en relación a sus opciones primeras e independientes) en modo alguno se sigue necesariamente un efecto reductor sobre el número total de partidos nacionales. El efecto restrictivo sobre el votante no es equivalente al efecto reductor sobre el número de partidos que componen el sistema total. En consecuencia, no se puede asegurar simplemente que la fórmula pluralista "tienda a producir" un sistema de dos partidos. La razón de esto, permítaseme reiterarlo y enfatizarlo, es directa: el votante se ve restringido allí donde sufragar. Por tal motivo, ningún sistema electoral puede reducir el número de partidos relevante a dos en el plano nacional, a menos que los mismos dos partidos sean los contendores relevantes en todos los distritos. La pregunta ha de ser entonces: ¿Bajo qué condiciones un sistema político pasa del bipartidismo local al bipartidismo nacional? Dado que el efecto del sistema electoral es un efecto de distrito electoral, queda a la vista que falta una condición necesaria y que debemos buscar al menos otro factor o variable. Y la variable que falta es el sistema de partidos en sí mismo.

El punto que logró escapar de la atención durante mucho tiempo es, entonces, que los efectos de los sistemas electorales no pueden ser evaluados sin evaluar paralelamente las propiedades de manipulación del sistema de partidos en cuanto tal. Pues, también los sistemas partidistas condicionan al elector y pueden ser divididos —al igual que los sistemas electorales— en sistemas partidistas débiles o fuertes, dependiendo si están, en cuanto sistemas, estructurados o no-estructurados. La pregunta apunta ahora a qué queremos decir con sistema estructurado, y, en consecuencia, sobre las condiciones que conducen hacia un sistema estructurado de partidos.

Mientras el elector esté orientado por una personalidad, mientras vote meramente por una persona, los partidos no pasan de ser etiquetas de escasa o ninguna importancia. Mientras prevalezcan estas condiciones, entonces, el sistema de partidos no estará estructurado. Llega un momento, sin embargo, en que la lealtad se desplaza desde las personas hacia los partidos; es el momento en que el elector se vincula con imágenes abstractas de partidos. En ese momento ya no será el líder individual quien "elige" al partido, sino que es el partido el que pasa a poner en el cargo al individuo. En la medida que se desenvuelve el proceso, el sistema de partidos pasa a ser percibido como un sistema de canalización natural de la sociedad política. Y cuando el electorado da por sentado determinado conjunto de rutas y alternativas políticas, muy a semejanza de como los conductores automovilísticos dan por sentada determinada red caminera, entonces el sistema de partidos ha alcanzado la etapa de consoli-

dación estructural en cuanto sistema (Sartori, 1976: 21-23, 41, 244).

El cómo surge genéticamente un sistema de partidos estructurado es un asunto muy intrincado que no puede ser discutido aquí (Sartori, 1968a: 288-97). Será suficiente señalar que el votante no puede identificarse a sí mismo con una imagen abstracta de partido mientras dicha imagen no le sea ofrecida, es decir, mientras se vea confrontado sólo con meros partidos de personalidades notables. Por la misma razón y concurrentemente, el votante no puede percibir al partido como una entidad abstracta a menos que adquiera una capacidad de abstracción, y eso implica, a su vez, la calidad de letrado. Bajo condiciones de vasto analfabetismo sólo muy difícilmente puede acontecer la consolidación estructural de un sistema de partidos. Dicho en forma concreta y simple, llegamos a "ver" un sistema de partidos estructurado cuando el partido de masas organizado (Sartori, 1968a: 292-3) desplaza y en gran medida reemplaza al partido de notables.

El punto en cuestión puede ahora ser reformulado como sigue: los sistemas pluralistas no surten influencia (más allá de su distrito) hasta que el sistema de partidos llegue a ser estructurado en coincidencia con —o en reacción a— la aparición de partidos de masas. Lo importante es que durante mucho tiempo hemos errado el camino, en este sentido, al recurrir a evidencias que no constituían prueba. Los autores que niegan el efecto reductivo de los sistemas pluralistas casi invariablemente hacen referencia a sistemas de partidos no-estructurados, desafiando paralelamente una "ley" en situaciones en que la ley no puede aplicarse.<sup>17</sup>

Pero todavía queda por revisar otro aspecto trascendente. Hasta aquí hemos especificado adecuadamente la causa (sistemas electorales), pero no hemos especificado adecuadamente el efecto final, acaso indirecto. Se ha supuesto que el efecto final sea —en la versión de Duverger, así como en buena parte de la sabiduría común— ya una reducción, ya una multiplicación del número total de partidos. De ser así, es imperativo que establezcamos cómo contar los partidos. Este requerimiento no fue cumplido por Duverger ni —al menos para el propósito del caso— por Rae. Ello nos deja con "leyes" que desafían las pruebas mismas a que se ven sujetas. Me veo así obligado a quedarme con las reglas de recuento que propuse en otra parte (Sartori, 1976: 121-25; Sani-Sartori, 1983: 320). Por tal motivo, debiera comprenderse que las referencias que siguen sistemas partidistas dobles, triples, cuádruples, quintuples y de más de cinco,

17 Resulta interesante constatar que el propio Duverger, al citar los casos de Suecia (antes de 1911) y de Dinamarca (antes de 1920) como desviaciones de su primera ley (1954: 250, 253), señale que Suecia se caracterizaba en esa época por la ausencia de partidos genuinos. Pero el hallazgo queda en eso.

deben aplicarse a partidos relevantes definidos según mis reglas de recuento, esto es, a los partidos que tienen (de acuerdo a mi criterio) relevancia sistémica.

Teniendo in mente esta cláusula general, volvamos ahora a preguntarnos cuándo y en qué medida los sistemas pluralistas surten un efecto reductivo sobre el número total (sistémico) de partidos. En este caso, ¿cómo debiera especificarse el efecto pronosticado? El "dualismo partidista" de Duverger es demasiado ambiguo y no servirá. Lo mismo vale, ya lo he sugerido, para la definición estadística de Rae del bipartidismo, y aun más para su noción (y/o medidas) de desfraccionalización. De modo que, ¿cuáles sistemas concretos son sistemas bipartidistas? ¿Con qué criterio los casos controvertidos (especialmente Canadá y Australia) son incluidos y excluidos? El consenso reinante en el medio académico también tiende a excluir el tipo bipartidista de la República Federal de Alemania y de Irlanda, aun cuando no difieren, en términos de formato, de aquel de Gran Bretaña o Australia. El problema es, entonces: ¿Los sistemas bipartidistas son definidos de acuerdo a su formato (el mero número de partidos), o de acuerdo a su mecánica, sus características funcionales? (Sartori, 1976: 185-92.)

Es obvio que el modelo no puede ser identificado tan sólo sobre la base de su formato.<sup>18</sup> Pasando más allá del mero formato, un sistema bipartidista puede ser definido de acuerdo a tres rasgos característicos: 1) con el correr del tiempo, dos partidos aventajan reiterada y vastamente a todos los demás, de modo tal que, 2) cada uno de ellos queda en posición de competir en pos de la mayoría absoluta de las bancas, lo que le permite esperar responsablemente alcanzar una alternancia en el poder; 3) y cada uno de ellos gobierna, cuando asume el gobierno, por sí solo. Pero Australia y Canadá todavía no clasifican de acuerdo a esta definición. Con el fin de incluir a estos dos países —como aparentemente parece demandar el consensus scholarum— la segunda y tercera caracterizaciones deben ser aflojadas como sigue: el ganador que fracasa en lograr la mayoría de las bancas opta por un gobierno unipartidista de minoría en lugar de inclinarse por un gobierno de coalición (Canadá); y una coalición institucionalizada de dos partidos (como aquella entre los partidos Liberal y Agrario de Australia) es considerada equivalente

18 Ello es aun menos del caso cuando el formato queda establecido, a su vez, contando a todos los partidos que poseen al menos una banca en el parlamento. Bajo este criterio (que incluye a los partidos "irrelevantes" desde el punto de vista del sistema), Austria ha mostrado de 1945 a 1983 un formato de 3 - 4 partidos; Nueva Zelanda, a su vez, uno de tres partidos en 1966, 1978 y 1981; Canadá muchas veces ha tenido 4 partidos, llegó a 5 en 1968, 1972 y 1974, y a seis en 1965; y en 1979, Inglaterra ostentó nada menos que diez partidos. Dado que el caso de Australia es anómalo, nos quedarían así sólo unos pocos países.

a, y contabilizada como, un solo partido.<sup>19</sup> La lista de sistemas bipartidistas incluye ahora —en orden decreciente de aproximación al formato ideal— a los Estados Unidos, Malta, Nueva Zelandia, Austria, Inglaterra, Australia, Canadá.<sup>20</sup>

La discusión precedente permite la siguiente estipulación: un formato bipartidista denota dos partidos relevantes cada uno de los cuales gobierna solo (sin consideración de terceros partidos). Un listado definitivo también tiene el mérito de destacar exactamente las excepciones flagrantes. India se rige por el pluralismo y no es en absoluto y bajo cualquier definición, un sistema bipartidista. Inversamente, Austria se rige por la representación proporcional y aun así despliega desde hace tiempo una estructura bipartidista (y una mecánica bipartidista entre 1966-1983). A menos que esas excepciones sean debidamente analizadas es dudoso que tengamos "leyes".

## 5 El Efecto de los Sistemas Electorales

Al asumir, como yo lo he hecho hasta aquí, que los sistemas electorales en general surten un efecto reductivo, pareciera que el supuesto "efecto multiplicador" de la representación proporcional queda excluido por definición y sólo por definición. Me corresponde ahora mostrar que eso no es así.

El punto lógico es el siguiente: dado que el sistema de representación proporcional supuestamente refleja "proporcionalmente", ¿cómo puede multiplicar? ¿Qué extraña especie de espejo es ésta? Postulo que el efecto multiplicador de la representación proporcional es una ilusión óptica alentada por la sucesión histórica de sistemas electorales. El primer país con representación proporcional fue

- 19 La anomalía australiana es facilitada por un sistema electoral (el voto alternativo) que permite, contando las segundas preferencias de los electores, el cruce de líneas de partidos y, en la práctica, la suma acumulada de los votos de los partidos Liberal y Agrario. El sistema de votos alternativo redistribuye las preferencias hasta que determinado candidato obtiene una mayoría absoluta, y no debe ser confundido, en consecuencia, con el sistema de voto único transferible empleado en Irlanda.
- 20 Sobre la mera base de su formato, Sudáfrica (un sistema de partido predominante en términos de su mecánica) no puede dejar de ser incluida. Sri Lanka llega actualmente muy cerca a la calificación (véase nota 23, más adelante). Turquía (en 1946-60 y en 1983), Venezuela desde 1973, Grecia desde 1974 son otros candidatos posibles; pero preferiría mantenerlos en lista de espera debido a una insuficiente longevidad y otras incertidumbres. España ha desplegado, entre 1976 y 1982, enormes oscilaciones electorales que aparentemente dan crédito de un proceso aún inconcluso de estructuración del sistema de partidos. Por otra parte, excluyo deliberadamente a Uruguay (hasta el levantamiento militar de 1973), y más todavía a Colombia, por ser arreglos bipartidistas de fachada que no logran calzar siquiera con las características definitorias más laxas.

Bélgica (1899), seguido de Suecia (1907). En otras partes la representación proporcional generalmente apareció poco antes de la primera guerra mundial; y en las naciones antiguas de la Europa de esa época, el sistema de representación proporcional invariablemente se vio precedido por sistemas plurales o, más a menudo, por fórmulas de doble cédula que igualmente desplegaron efectos restrictivos de tipo pluralista.<sup>21</sup> Debe señalarse también que la introducción de la representación proporcional a menudo era acompañada por la concesión de derechos de sufragio, por la entrada en la vida política de votantes de clase baja hasta allí excluidos y que generalmente buscaban nuevos partidos, sus "partidos propios". Así, cuando fue introducida la representación proporcional trajo consigo una tortuosa remoción de obstáculos: los antiguos votantes lograron una mayor libertad para expresar sus preferencias, y los nuevos votantes el derecho a sufragio mismo. De modo que cuando decimos que la representación proporcional multiplica el número de partidos olvidamos por completo redondear la frase diciendo: con respecto a un estado de cosas bajo el cual el número de partidos fue "empequeñecido" por millones de ausentes (la población electoral que no tenía derecho a voto) y/o reducido por fórmulas electorales "fuertes". Y si se considera debidamente esta calificación, entonces desaparece la ilusión óptica.

El argumento correcto es, entonces, que cada vez que la introducción de la representación proporcional es seguida del surgimiento de nuevos partidos relevantes, no estamos realmente apuntando a los efectos de la representación proporcional, sino que a los efectos secundarios resultantes de la remoción de obstáculos preexistentes. Si la sucesión histórica hubiera sido de representación proporcional a pluralidad, difícilmente se nos habría ocurrido que la representación proporcional "causa" la fragmentación del sistema partidista o una mayor fraccionalización. Ciertamente, mientras más fiel sea el reflejo de la representación proporcional, tanto menos penalizará y obstruirá el surgimiento de nuevos partidos o el fraccionamiento de los existentes. Pero la libertad de surgir no es más causa del surgimiento que la libertad de comer la causa de la comida. Puede decirse que la representación proporcional como tal (y siempre que estemos el sentido de las cosas) causa una "remoción de obstáculos", pero no puede decirse que "causa multiplicación".

21 Es difícil generalizar en materia de fórmulas de doble vuelta, pues cubrieron y pueden cubrir una gran variedad de diferentes arreglos: distritos de un solo miembro, aunque también multimiembros; carrera final restringida a las dos primeras mayorías (y, en consecuencia, sin negociaciones de alianzas) o, en su lugar, completamente abandonadas a todo tipo de acuerdos. (Para una encuesta en la materia, véase Fisichella: 254-55, 263-66, 274-85.) Aun así, en el siglo 19 y comienzos del 20, hubo instancias en que la doble vuelta generalmente ejerció efectos manipulativos no representativos y restrictores (al menos sobre una base distrital).

Para recapitular, el sistema de representación proporcional puro constituye un sistema electoral de efecto-cero. Inversamente, la representación proporcional afecta al sistema de partidos en tanto y cuanto es no-proporcional, y ello por una serie de consideraciones: el tamaño relativamente pequeño de los distritos electorales, cláusulas de exclusión, premios de mayoría y, finalmente, una traducción desproporcionada de votos en bancas. De ello se colige que cada vez que el sistema de representación proporcional tiene efectos manipuladores, esos efectos serán restrictivos y no multiplicadores. La influencia del sistema de representación proporcional es meramente, entonces, un debilitamiento de la misma influencia que es ejercida por los sistemas pluralistas-de mayoría.

Pienso que la vía está despejada para la parte constructiva de mi tarea. Permítaseme ahora comenzar a poner a prueba un conjunto de reglas enunciadas en términos bastante descriptivos.

Regla 1. Un sistema electoral pluralista (de la simple mayoría) no puede producir por sí solo un formato bipartidista a nivel nacional (como se ha definido), aunque bajo todas las circunstancias contribuirá a mantener uno ya existente. En consecuencia, cada vez que se establece un formato bipartidista, un sistema electoral pluralista ejerce una influencia contractora y logra un efecto congelante.

Regla 2. Un sistema electoral pluralista sí producirá, en el largo plazo, un formato bipartidista (no la eternización de los mismos partidos, sin embargo) bajo dos condiciones: primero, cuando el sistema de partidos queda estructurado y, segundo, si el electorado que es refractario a cualquier presión del sistema electoral llega a ser dispersado en proporciones que están por debajo de la pluralidad a través de los distritos.

Regla 3. Inversamente, un formato bipartidista es imposible —bajo el sistema electoral que sea— si minorías raciales, lingüísticas, ideológicamente alienadas, de una sola causa o de otro tipo (que no pueden ser representadas por uno u otro de los dos grandes partidos de masas) se concentran en proporciones por sobre la pluralidad en distritos particulares o bolsones geográficos. De ser así, el efecto de un sistema pluralista sólo será restrictivo de terceros partidos que no representen a minorías irreductibles.

Regla 4. Finalmente, también los sistemas de representación proporcional logran efectos reductivos —aunque en grado menor y menos predecible— en proporción a su no-proporcionalidad, y particularmente cada vez que se apliquen a distritos pequeños, establecen un umbral de representación, o asignan un premio. Bajo estas condiciones el sistema de representación proporcio-

nal también eliminará a los partidos menores cuyo electorado se halle dispersado a través de los distritos; pero incluso un sistema de representación proporcional altamente impuro no eliminará a los partidos pequeños que disponen de plazas fuertes concentradas por sobre la cuota.

El lector se percatará de que mis reglas giran preponderantemente sobre la distribución de los electorados. La distribución de las lealtades partidistas está históricamente dada, sin embargo, sólo con anterioridad al advenimiento de un sistema de partidos estructurado. Dado que mis reglas valen después de la etapa de fragmentación local de la política —bajo la condición de que sean establecidos partidos de masas nacionales— personalmente me ocupo sólo con aquella distribución de lealtades que permanece intocada por la consolidación estructural. En consecuencia, mi énfasis está puesto en si es o no del caso que minorías irreductibles por sobre la pluralidad o, como podría acaecer, por sobre la cuota, se encuentran geográficamente concentradas o dispersas.

Debiera destacarse también que la sola Regla 2 es suficiente para excluir a la India de toda consideración (esto es, como una excepción), porque la India no satisface la condición de ser un sistema de partidos estructurado.<sup>22</sup> En cuanto a la Regla 3, puede aplicarse tranquilamente al caso de Canadá, es decir, da cuenta del hecho de que Canadá exhibe, a pesar de la pluralidad, un formato de tres-cuatro partidos (contrarrestado, sin embargo, por sus mecánicas). La Regla 3 también queda bien confirmada por la experiencia de Sri Lanka entre 1948 y 1977: pues en la última elección de 1977 todos los partidos menores —con excepción de los partidos étnicos Tamil,

22 Ello equivale a decir que el sistema de partidos de la India todavía está, de acuerdo a todos los estándares, débilmente estructurado, pudiendo a lo sumo ser clasificado como "semi-estructurado" por el hecho de que tan sólo uno de sus partidos, el Partido del Congreso (fundado en 1855, mucho antes de la independencia, constituyéndose en el partido de los hindúes no-musulmanes), ha conseguido el grado de consolidación estructural que puede lograrse en un país en el cual el analfabetismo todavía es rampante entre sus 700 millones de habitantes. Aun así, sigue predominando la "política de personalidades", tal como quedó demostrado por los vuelcos masivos de fines de la década de los setenta: el espectacular desastre electoral del Congreso en 1977 (cayendo de un 68 por ciento de las bancas a sólo un 28), seguido de un igualmente sorpresivo retorno en 1980. Por otra parte, la India ciertamente da prueba de lo que impide un sistema pluralista. Si la India optase por la representación proporcional, podría conjeturarse con toda seguridad que pronto se convertiría en uno de los sistemas de partidos más fragmentado, acaso no atomizado, de todos los conocidos.

regionalmente concentrados— habían desaparecido.<sup>23</sup> Por otra parte, la Regla 4 se aplica perfectamente a los casos de Irlanda y Japón (con pequeños distritos de 3 a 5 miembros),<sup>24</sup> y también contribuye a explicar (debido a la cláusula de exclusión) el formato de la República Federal de Alemania.<sup>25</sup> Los modelos exhibidos por Turquía y Grecia desde fines de la década de los cuarenta reflejan una amplia gama de umbrales y de mecanismos no-representativos, y también caen bajo la jurisdicción de la Regla 4.

El paso siguiente es relacionar los formatos pronosticados por las cuatro reglas antedichas con características sistémicas, es decir, con tipos determinados de sistemas de partidos. Permítaseme derivar de la tipología que he desarrollado extensamente en otra parte (Sartori, 1976: 125-216, 273-93) tres modelos sistémicos importantes: 1) mecánicas bipartidistas, es decir, una alternancia unipartidista bipolar en el gobierno; 2) multipartidismo moderado, es decir, desplazamientos bipolares entre gobiernos de coalición; 3) multipartidismo polarizado, es decir, sistemas caracterizados por una competencia multipolar, por coaliciones unipolares centralizadas, con vuelcos periféricos, y por partidos antisistémicos. En esta tipología, la variable decisiva es la polarización sistémica, definida como la distancia (ideológica o de otra clase) entre los partidos relevantes más distantes.<sup>26</sup> La pregunta es ahora: ¿Será permitido el formato por las mecánicas correspondientes y aguardadas (propiedades funciona-

- 23 Más exactamente, en Sri-Lanka los partidos de minoría no-étnicos y los independientes cayeron de 26 bancas logradas en 1960, a sólo 2 en 1970 y 1977; mientras, los dos partidos marxistas (Comunista y LLSP) no lograron representantes tan sólo en 1977 (habían logrado 25 bancas en 1970). Desafortunadamente para nuestros fines, la nueva constitución de 1978 dejó de lado el sistema de pluralidad y pasó a endosar la representación proporcional. Pero hasta la fecha no se han celebrado elecciones al alero del nuevo sistema.
- 24 Aquí, sin embargo, el tamaño del distrito no es el único factor en juego. Irlanda emplea el sistema de voto simple transferible, y Japón el voto limitado (un voto para distritos que entregan 3 a 5 representantes). Así, el efecto de tamaño de distrito puede ser puesto a prueba más directamente con relación a España y Grecia (véase nota 14); pero todavía es demasiado pronto para afirmar nada.
- 25 Nohlen (1984: sect. 3) señala que el umbral de representación alemán del 5 por ciento "no debiera ser sobrevaluado", pero no entrega prueba alguna que respalde su afirmación. Si su prueba confirmatoria es que el FRG despliega una proporción bastante exacta entre votos y bancas, temo que Nohlen, al igual que Rose (véase nota 12), inspecciona los establos de Augías cuando el rebaño ya los ha abandonado.
- 26 Para estar seguros, esto representa una fuerte simplificación de mi tipología. En relación a la "polarización", véase especialmente Sani y Sartori (1983) para ver cómo el concepto es definido y medido y cómo se conduce respecto de la prueba comparativa.

les)? Dadas la consolidación estructural (condición necesaria) y la polarización como la variable interpuesta y, en cierto grado, dependiente, postulo que:

Hipótesis 1: cuando la fórmula de pluralidad de un solo representante electoral produce un formato bipartidista (Reglas 1 y 2), el formato a su vez producirá una mecánica bipartidista si, y sólo si, la polarización del electorado es baja. Con una polarización elevada, la mecánica bipartidista se derrumba. Sin embargo, dado que una mecánica bipartidista implica una competencia centrípeta, tiende más bien a disminuir que a aumentar la polarización sistémica.

Hipótesis 2: Suponiendo una dispersión bajo-cuota de las minorías irreductibles (de haberlas), las fórmulas de representación proporcional impuras suelen permitir uno o dos partidos adicionales por sobre el formato bipartidista, es decir, tres a cuatro partidos. Este formato a su vez engendrará las mecánicas de un multipartidismo moderado si, y sólo si, el electorado no exhibe una elevada polarización. Sin embargo, dado que el multipartidismo moderado todavía presenta una convergencia bipolar (competencia centrípeta), no tenderá a incrementar la polarización sistémica.

Hipótesis 3: Sistemas de representación proporcional puros o relativamente puros fácilmente permiten un formato de cinco a siete partidos. Aun así, bajo condiciones de una polarización mediana o baja, la mecánica de coalición del multipartidismo moderado no se ve obstruida. Sin embargo, bajo condiciones de elevada polarización, el formato exhibirá las características mecánicas del multipartidismo polarizado, incluyendo de paso una competencia multipolar que a la larga incrementa la polarización sistémica.

Lo antedicho está tan condensado que apenas puede constituir un valor sugerido, y tendré que dejarlo así.<sup>27</sup> Pues todavía debo

27 Otras correspondencias e implicancias mejor conocidas actúan sobre el cómo la pluralidad y los sistemas de representación proporcional afectan, respectivamente, a la gobernabilidad y al principio de representación mismo. Como ya he dicho, "los sistemas de representación pertenecen a dos modelos principales. . . El tipo británico. . . que se basa en un sistema de pluralidad de miembro único. . . mientras que el tipo francés se basa en sistemas proporcionales. . . El tipo británico sacrifica la representatividad del parlamento en aras de la eficiencia del gobierno, mientras el tipo francés sacrifica la eficiencia del gobierno en aras de la representatividad del parlamento. . . No podemos construir un sistema de representación que maximiza a la vez la función de funcionar y la función de reflejar" (Sartori, 1968b: 469). La cita muestra, postulo, que los celos de Nohlen (1984) frente a los puntos arriba mencionados están mal encauzados.

completar el argumento. Hasta aquí la variable independiente (causal) ha sido el sistema electoral. Pero ya sabemos que debemos contemplar también otra variable independiente: el sistema de partidos en cuanto sistema de canalización. Procedamos, entonces, a evaluar el caso en su totalidad.

Al igual que los sistemas electorales, los sistemas de partidos pueden ser tricotomizados —en relación a su impacto manipulador— en fuertes, fuertes-débiles y débiles. Sin embargo, para evitar complejidades engorrosas, procederé en forma dicotómica, obteniendo así una matriz de cuatro células, esto es, de cuatro combinaciones posibles: I sistema electoral fuerte y sistema partidista fuerte; II sistema electoral débil y sistema partidista fuerte; III sistema electoral fuerte y sistema partidista débil; IV sistema electoral débil y sistema partidista débil. Dado que la reducción dicotómica margina la categoría "fuerte-débil", debiera entenderse que los "sistemas electorales fuertes" incluyen no sólo, como resulta obvio, la fórmula pluralista, sino que también las fórmulas de representación proporcional altamente impuras (en esencia, todos los casos cubiertos por mis reglas antedichas). Inversamente, los "sistemas electorales débiles" refieren a las fórmulas de representación proporcional relativamente puras a puras (en sentido matemático y de acuerdo a los distritos). Las interdependencias generales entre el sistema electoral, por una parte, y el sistema de partidos, por otra, se pueden mostrar más adecuadamente en la forma de un cuadro.

Influencia Combinada  
de Sistemas de Partidos y Electorales

Sistemas de partidos	Sistemas electorales	
	Fuertes	Débiles
	I	II
Fuertes (estructurados)	Efecto reductivo de sistemas electorales	Efecto bloqueador y de contrapeso del sistema de partidos
	III	IV
Débiles (no-estructurados)	Efecto de distrito reductivo y restrictivo	Influencia Cero

El casillero I del cuadro no requiere de mayor explicación. Todos los sistemas bipartidistas individualizados anteriormente (excep-

to Austria y Malta) caen en este casillero, confirmando así el efecto reductivo pronosticado por la primera combinación. India, por otra parte, cae en el casillero III y, en consecuencia, no representa una excepción: no se requiere de un "ganador Condorcet" para desechar el caso.

El casillero II indica que cuando la representación proporcional (incluso una representación proporcional débil) encuentra un sistema partidista estructurado, el elector es restringido, mas no por el sistema electoral, sino que por la fuerza de la canalización partidista. En este caso, entonces, el sistema electoral se ve contrarrestado por el sistema partidista: tenemos, como he señalado, un efecto bloqueador o de contrapeso. Eso es equivalente a decir que aquí el factor causal, la variable independiente, es el sistema de partidos. El casillero II no sólo explica por qué la introducción de la representación proporcional puede no ser seguida por "más partidos", sino que también permite la existencia de un formato bipartidista al alero de la representación proporcional: es el caso no sólo de Austria sino que también de Malta (voto único transferible). La combinación en cuestión desecha, entonces, las excepciones: bipartidismo sin pluralidad. El argumento general es el siguiente: una estructuración particularmente fuerte del sistema de partidos reemplaza (en calidad de condición dos suficiente) el impacto manipulador de un sistema electoral fuerte (condición suficiente uno).

El casillero III indica que cuando un sistema electoral fuerte encuentra un sistema de partidos no-estructurado, el efecto es sólo un efecto de distrito, y específicamente un efecto restrictivo sobre el elector, que se traduce en efecto reductivo para los partidos del distrito. En este caso, entonces, el sistema electoral no puede producir efectos reductivos a escala nacional. Aun así, permanece el impacto en el distrito, desalentando, de paso, la inestabilidad y alentando carreras de dos hombres a nivel de distrito. El casillero ilustra el estado de cosas en buena parte de Europa continental hasta la primera guerra mundial.<sup>28</sup> Uno podría también sugerir que aquí tenemos la condición de espera o de facilidad óptima para el desarrollo de sistemas de partidos estructurados del tipo bipolar (mecánica bipartidista y multipartidismo moderado), y una condición obstructiva en cuanto al desarrollo de un multipartidismo extremo y polarizado.

El casillero IV indica influencia cero, significando que cuando un sistema de representación proporcional relativamente puro opera en ausencia de un sistema estructurado de partidos no interviene en el proceso político ni el sistema electoral ni el sistema de partidos

28 Esto supone (véase nota 21) que los tipos de doble vuelta que en realidad antecedieron a la representación proporcional en efecto ejercieron (al contrario de la errada generalización de Duverger) un impacto restrictor de tipo pluralista sobre el elector.

con un efecto manipulador propio. El punto general aquí es (como ya sabemos) que mientras más nos aproximamos a una representación proporcional pura y mientras mayor cantidad de obstáculos electorales o afines son removidos, menor será la causalidad del sistema electoral en el sistema de partidos. Gran parte de la América latina se encuentra, tal vez, en este casillero debido al carácter intermitente de su experiencia partidista, es decir, a causa de reiteradas interrupciones que perjudican la consolidación, y que se producen en virtud de las intervenciones militares. Y este mismo casillero indica que los países jóvenes que comienzan con un sistema de representación proporcional se autoimponen las condiciones menos favorables para superar la atomización partidista y lograr una consolidación estructural.<sup>29</sup>

## 6 Las Leyes: Otro Intento

Estamos ahora preparados para proponer reglas que valen como leyes porque están formuladas en términos de condiciones necesarias y suficientes (según lo explicitado en la Sección 3). Dado que el sistema electoral es el factor causal sometido a investigación, se supone que el sistema electoral constituye una condición suficiente y, más precisamente, la que es pertinente, aunque no la condición suficiente exclusiva. En cuanto a las condiciones necesarias, nuestra investigación, en suma, halló dos condiciones: 1) la estructuración sistémica (del sistema de partidos), en oposición a la ausencia de estructura; y 2) las considerables concentraciones de preferencias por sobre la pluralidad o, en el caso del sistema de representación proporcional, concentraciones considerables por sobre la cuota, en oposición a distribuciones por debajo de la pluralidad o por debajo de la cuota (de las primeras preferencias de los electores), condición que en adelante se abrevia como dispersión a través de los distritos.<sup>30</sup> A partir de estas premisas me atrevo a proponer las siguientes leyes:

Ley N° 1. Dada una estructuración partidista sistémica y una dispersión a través de los distritos (como condiciones necesarias conjuntas), los sistemas electorales pluralistas causan (es decir, son condición suficiente para) un formato bipartidista.

1.1 Alternativamente, una estructuración sistémica de partidos particularmente fuerte es, por sí sola, la condición suficiente ne-

29 Esta sección, incluyendo la Fig., repite, salvo algunas modificaciones, a Sartori 1968a: 278-87. Mi texto fue redactado en 1966, y al parecer da prueba —en la perspectiva genealógica de Riker— de una acumulación fallida.

30 Aquí el término grande o cuantioso significa: suficiente para la relevancia sistémica, como la definida, de un partido parlamentarista. Las condiciones se extrapolan de las Reglas de la sección 5.

cesaria y sustitutiva para causar un formato de competencia bipartidista.

Ley N° 2. Dada una estructuración sistémica, pero faltando una dispersión a través de los distritos, los sistemas electorales plurales causan (es decir, son condición suficiente para) la eliminación de partidos situados por debajo de la pluralidad, pero no pueden eliminar y, en consecuencia, permiten tantos partidos por encima de dos, como lo permitan concentraciones considerables de preferencias por sobre la pluralidad.

Ley N° 3. Dada una estructuración sistémica de partidos, la representación proporcional obtiene un efecto reductivo causado (como condición suficiente) por su no-proporcionalidad. Así, mientras mayor sea la impureza de la representación proporcional, mayor será el efecto reductivo; y, a la inversa, mientras menor sea la impureza, más débil será el efecto reductivo.

3.1 Alternativamente, una estructuración sistémica de partidos particularmente fuerte es por sí sola condición necesaria y suficiente para mantener cualquier formato de partidos que anteciediera a la introducción de la representación proporcional.

Ley N° 4. Si falla la estructuración sistémica de partidos y se da por supuesta la existencia de un sistema de representación proporcional puro, esto es, un costo de entrada igual para todos, no habrá discriminación para que el número de partidos alcance el tamaño que permite la cuota.

El sistema de enumeración antedicho puede originar cierta confusión. ¿Cuántas leyes tenemos realmente? Cuatro, a lo más, dado que las leyes 1.1 y 3.1 permiten la incorporación y/o remoción de excepciones obvias de acuerdo a la siguiente cláusula: variando la condición puede seguir el mismo efecto, debido a que una condición suficiente es sustituida por otra. En efecto, las leyes "verdaderas" (si lo fueran) son tres, ya que la ley número 4 tiene poder explicativo pero no causal: simplemente establece dónde terminan los efectos de los sistemas electorales. De modo que sin duda alguna se cumple con el requerimiento de parquedad. Por otra parte, la redacción de mis leyes puede parecer un tanto engorrosa. Ello se debe a que están deliberadamente formuladas, no sin cierto grado de pedantería, en un lenguaje causal, tal como lo requiere la demostración que he estado persiguiendo. Aun así, me parece que mis leyes son lo suficientemente directas. La objeción, sin embargo, podría ser que son demasiado abstractas y no lo suficientemente específicas. Pero eso no es así, siempre y cuando sean interpretadas —como se supone deben ser interpretadas— en conjunción con las cuatro reglas enunciadas anteriormente (pág. 38 y sigs.). En particular, los puntos claves de la ley número 1 están dados en las reglas 1 y 2; los de la ley número 2 están dados por la Regla 3; y las de la ley número 3 por la Regla 4.

Con el fin de llevar este ejercicio a término cabal, la última interrogante ha de ser la siguiente: ¿Podemos ser tan parcos como Du-

verger? La respuesta es sí, siempre y cuando reemplacemos la nitidez y fuerza lógica de las condiciones necesarias y suficientes por la laxitud de condiciones que facilitan versus las que obstruyen. Si es así, nos quedan meras leyes de tendencias, cuya confirmación no necesariamente sufre merma por las excepciones, y que son suficientemente confirmadas al ocurrir "más veces que no". A la luz de estas relajaciones podemos efectivamente arreglar casi todo con sólo dos leyes muy simples, que son las siguientes:

Ley de tendencia N° 1: Las fórmulas electorales pluralistas facilitan (son condiciones que facilitan) un formato bipartidista e, inversamente, obstruyen (son condiciones que obstruyen) el multipartidismo.

Ley de tendencia N° 2: Las fórmulas electorales de representación proporcional facilitan el multipartidismo e, inversamente, difícilmente conducen a un bipartidismo.

Lo antedicho —si ha sido correctamente entendido— es casi todo lo que dijo Duverger. Desafortunadamente, ni Duverger ni sus comentaristas han podido jamás aproximarse a la precisión metodológica de las generalizaciones tipo-ley. Este ensayo apunta a mostrar que podríamos avanzar mucho más de lo que hemos avanzado hasta ahora simplemente consiguiéndonos piernas metodológicas capaces de caminar. En efecto, este ensayo no es sino una conveniente ilustración de un caso general. El estudio de la política y de la sociedad abunda en leyes referidas a tendencias que, a su vez, podrían estar sujetas a un análisis condicional relativamente preciso. Si alguien hubiera alguna vez tomado esta ruta, postulo, en la actualidad tendríamos de todo un conjunto de leyes explicativas que efectivamente darían prueba del crecimiento acumulativo de un conocimiento científicamente respetable.

## Bibliografía

- Daalder, H. y Mair, P. (eds.) (1983) *Western European Party Systems*. Beverly Hills: Sage.
- Duverger, M. (1950) *L'Influence des Systemes Electoraux sur la Vie Politique*. París: Colin.
- (1951) *Les Partis Politiques*, 1ª ed. París: Colin.
- (1954) *Les Partis Politiques*, 2ª ed. revisada. París: Colin.
- (1963) *Political Parties*, Trad. B. y R. North. Nueva York, Wiley.
- Eckstein, H., Apter, D. E. (eds.) (1963) *Comparative Politics: A Reader*. Glencoe: Free Press.
- Fischella, D. (1982) *Elezioni e Democrazia*. Bologna: Il Mulino.
- Grumm, J. (1958) "Theories of Electoral Systems". *Midwest Journal of Political Science* 2: 357-76.

- Hogan, J. (1945) *Elections and Representation*. Cork: Cork University Press.
- Lijphart A. (1984) "Degrees of Proportionality of Proportional Representation Formulas", en A. Lijphart, B. Grofman (eds.) (1984) *Electoral Laws and their Political Consequences*. Nueva York: Agathon Press.
- Mackenzie, W. J. M. (1957) "The Export of Electoral Systems". *Political Studies*, V: 240:57. Reproducido en Eckstein and Apter (1963).
- Nohlen, D. (1984) "Electoral Systems between Science and Fiction", en A. Lijphart, B. Grofman (eds.) (1984) *Choosing an Electoral System*. Nueva York: Praeger.
- Rae, D. (1971, 2ª ed. revisada) *The Political Consequences of Electoral Laws*. New Haven: Yale University Press.
- Riker, W. H. (1982) "Two-party System and Duverger's Law: An Essay on the History of Political Science". *American Political Science Review* (76). Diciembre: 753-66.
- Rose, R. (1982) *Choice in Electoral Systems: The Political and Technical Alternatives*. Glasgow: Studies in Public Policy, University of Strathclyde.
- Sartori, G. (1968a) "Political Development and Political Engineering". *Public Policy XVII*. Cambridge Mass. Harvard University Press: 261-98.
- (1968b) "Representational Systems". *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. 13. Nueva York, Macmillan & Free Press.
- (1976) *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*. Nueva York: Cambridge University Press.
- (1979) *La politica: Logica e Metodo in Scienze Sociali*. Milano, Sugar Co.
- Sani, G. y Sartori G. (1983) en *Daalder and Mair* (eds.): 307-40.